

VIVIENDO BAJO EL GOBIERNO DE DIOS

HÁGASE TU VOLUNTAD

Sermón 3 de 3

La verdadera rendición comienza cuando mi voluntad contradice la de Dios

Texto Base: Mateo 26:36–42

INTRODUCCIÓN

Hermanos, hoy llegamos al tercer y último mensaje de nuestra serie «Viviendo Bajo el Gobierno de Dios». Hemos recorrido un proceso espiritual que comenzó con nuestras prioridades y continuó con nuestras lealtades. Primero aprendimos que Dios debe ocupar el primer lugar en nuestras decisiones. Después comprendimos que debemos definir a quién pertenece nuestra lealtad. Hoy llegamos a una dimensión más profunda del señorío de Dios: la rendición de nuestra propia voluntad.

Para comprender este mensaje, trasladémonos a uno de los momentos más decisivos de la vida de Jesucristo. Después de aproximadamente tres años de ministerio, Jesús llega a Jerusalén, comparte la última cena con Sus discípulos y se dirige al huerto de Getsemaní. Allí, horas antes de Su arresto, comienza a experimentar intensamente el sufrimiento que está por enfrentar.

Jesús conoce lo que sucederá. Había anunciado que sería entregado, padecería, moriría y resucitaría. Sabe que enfrentará traición, abandono, humillación y crucifixión, cumpliendo el propósito redentor anunciado en Isaías 53, donde el Siervo sufriente entregaría Su vida por nuestros pecados.

Aunque conoce el propósito del Padre, Jesús experimenta una angustia profundamente humana. Mateo relata que comenzó a entristecerse hasta declarar: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte». Entonces se postra y ora: «Padre mío, de ser posible, pase de mí esta copa. Pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mateo 26:39).

Aquí encontramos el corazón del mensaje. Jesús expresa sinceramente Su angustia, pero somete Su deseo a la voluntad del Padre. Getsemaní nos enseña que rendirnos no significa negar nuestros sentimientos, sino someterlos voluntariamente al gobierno de Dios.

Esta es la enseñanza con la que concluimos nuestra serie. Podemos declarar que Dios ocupa el primer lugar y que Jesucristo es nuestro Señor, pero ¿qué sucede cuando Su voluntad contradice nuestros deseos? ¿Qué hacemos cuando obedecer exige renunciar a nuestros planes o enfrentar un camino difícil?

La verdadera prueba del señorío de Dios llega cuando nuestra voluntad entra en conflicto con la Suya. Hoy aprenderemos de Jesucristo que vivir bajo el gobierno de Dios significa decir, aun en medio de nuestras luchas: «Padre, no sea como yo quiero, sino como Tú. Hágase Tu voluntad».

HERMENÉUTICA DEL TEXTO

Mateo 26:36–42 36 «Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní». y dijo a los discípulos: —Siéntense aquí, hasta que yo vaya allá y ore.³⁸ Entonces les dijo: —Mi alma está muy triste, hasta la muerte. Quédense aquí y velen conmigo.³⁹ Pasando un poco más adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: —Padre mío, de ser posible, pase de mí esta copa. Pero, no sea como yo quiero, sino como tú.⁴² Por segunda vez se apartó y oró diciendo:—Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad.

Esta porción de la palabra, presenta a Jesús entrando con Sus discípulos en Getsemaní poco antes de Su arresto. El relato indica que tomó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo y comenzó a entristecerse y angustiarse profundamente. Entonces declaró: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte. Quédense aquí y velen conmigo”. Después avanzó un poco más, cayó sobre Su rostro y oró: “Padre mío, de ser posible, pase de mí esta copa. Pero no sea como yo quiero, sino como tú”.

La copa, asociada al juicio divino en Isaías 51:17 y Jeremías 25:15, representa aquí el sufrimiento relacionado con Su sacrificio redentor. Jesús no manifiesta desobediencia; expresa un deseo humano legítimo que somete voluntariamente al Padre. La escena ocurre durante las últimas horas antes de la crucifixión. Judas ya ha acordado entregar a Jesús.

En el versículo 42 reafirma Su entrega: «Hágase tu voluntad». Esta declaración conecta con Mateo 6:10 y demuestra que Cristo practica aquello que enseñó acerca del gobierno de Dios. Su rendición no termina en palabras: después de orar, se levanta y avanza hacia Su arresto (Mateo 26:45–46).

Recapitulación: Getsemaní nos enseña que la verdadera rendición comienza con honestidad, acepta la voluntad del Padre, reconoce Su autoridad y se manifiesta mediante obediencia concreta.

Revisemos ésta enseñanza a través de estas cuatro verdades:

I. LA RENDICIÓN COMIENZA CON HONESTIDAD DELANTE DE DIOS

Texto base: Mateo 26:38 — “Mi alma está muy triste, hasta la muerte. Quédense aquí y velen conmigo.”

Jesús comienza Su experiencia en Getsemaní expresando con claridad lo que está viviendo interiormente. No intenta aparentar una tranquilidad que no corresponde a la profundidad del momento. Tampoco considera que reconocer Su angustia signifique falta de fe. La verdadera rendición comienza precisamente cuando dejamos de esconder delante de Dios aquello que ya está ocurriendo en nuestro corazón.

Hermenéutica

Mateo utiliza palabras fuertes para describir el estado emocional de Jesús. El texto afirma que comenzó a entristecerse y angustiarse, y posteriormente registra Su propia declaración: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte”. Marcos presenta una descripción semejante. Estas expresiones confirman la verdadera humanidad de Cristo. Jesucristo no solamente parecía humano; experimentó verdaderamente dolor, cansancio, tristeza y angustia.

Hebreos 4:15 declara que no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades. Cristo conoce desde Su propia experiencia humana lo que significa enfrentar sufrimiento. La sinceridad de Jesús delante del Padre no contradice Su obediencia, sino que demuestra que la obediencia verdadera puede coexistir con emociones profundas.

Conexión con Cristo

Jesucristo es nuestro modelo perfecto de esta honestidad. Hebreos 5:7 afirma que durante los días de Su vida terrenal presentó ruegos y súplicas con fuerte clamor y lágrimas. Nuestro Salvador no atravesó el sufrimiento escondiendo Su experiencia humana. La llevó delante del Padre.

Esto también significa que podemos acercarnos a Cristo con confianza cuando nuestra voluntad está luchando. Él comprende el conflicto, la tristeza y la presión. No servimos a un Señor distante de nuestra experiencia. Servimos a Aquel que entró en Getsemaní y conoce lo que significa orar mientras el corazón está profundamente angustiado.

Aplicación pastoral

Tal vez algunos necesitamos comenzar nuestra rendición siendo honestos. Quizá una pérdida, una relación terminada, una oportunidad que no llegó o una respuesta que seguimos esperando nos ha decepcionado profundamente, pero nunca lo hemos expresado delante de Dios.

No necesitamos fingir indiferencia. Podemos reconocer nuestro dolor, expresar nuestros temores y admitir nuestra confusión. Dios conoce nuestro corazón y no se sorprende por nuestra sinceridad. Sin embargo, no basta con expresar nuestras emociones.

Debemos llevarlas a Su presencia y someterlas a Su gobierno. La honestidad es el comienzo de la rendición, no su destino final.

Ilustración

Cuando una persona visita al médico, debe describir honestamente sus síntomas. Si oculta el dolor o minimiza lo que siente, dificulta el diagnóstico y el tratamiento. Reconocer que algo duele no empeora la condición; permite que sea tratada correctamente.

De manera semejante, nuestra vida espiritual muchas veces comienza a ordenarse cuando dejamos de esconder lo que realmente ocurre en nuestro interior y lo llevamos sinceramente delante de Dios.

Frase de impacto

La Rendición Comienza Cuando Dejamos De Esconder Nuestro Corazón.

Dios no nos pide negar lo que sentimos. Nos invita a presentar nuestra voluntad real delante de Él para que pueda ser sometida conscientemente a Su voluntad perfecta.

Recapitulación: Jesús comienza siendo completamente honesto delante del Padre. Sin embargo, no se limita a expresar Su angustia. Presenta una petición específica y nos enseña que la verdadera rendición también debe aceptar que la respuesta de Dios puede ser diferente de aquello que deseamos.

II. LA FE MADURA ACEPTA QUE DIOS PUEDE RESPONDER DIFERENTE A LO ESPERADO

Texto base: Mateo 26:39 — “Padre mío, de ser posible, pase de mí esta copa. Pero no sea como yo quiero, sino como tú.”

Jesús presenta claramente Su deseo: “pase de mí esta copa”. Sin embargo, inmediatamente coloca esa petición debajo de una autoridad superior. Su oración no termina expresando lo que Él desea, sino reconociendo aquello que el Padre determine.

Hermenéutica

La expresión “de ser posible” no cuestiona el poder de Dios. Jesús conoce perfectamente la capacidad del Padre. La pregunta se refiere a si existe otro camino dentro del plan redentor. Sin embargo, la Escritura había anunciado que el Mesías sufriría y Jesús mismo había declarado repetidamente que el Hijo del Hombre sería entregado, moriría y resucitaría.

La copa, por tanto, no pasará. Jesús será arrestado y crucificado. La oración de Getsemaní no cambia el propósito del Padre; revela la obediencia del Hijo. Aquí encontramos una verdad importante: una oración perfectamente sincera y legítima puede recibir una respuesta diferente a la esperada sin que eso signifique ausencia del amor de Dios.

Conexión con Cristo

La copa no pasó de Jesús. El Padre no eliminó la cruz. Sin embargo, aquello que desde la perspectiva inmediata significaba sufrimiento se convirtió en el medio de nuestra redención. Hechos 2:23 declara que Cristo fue entregado conforme al determinado propósito y previo conocimiento de Dios.

La cruz demuestra que una respuesta dolorosa no necesariamente significa que Dios ha perdido el control. Aquello que los discípulos interpretaron inicialmente como derrota era precisamente el camino mediante el cual Dios estaba realizando Su obra salvadora.

Cristo nos enseña, por tanto, a confiar no solamente cuando comprendemos el propósito de Dios, sino también cuando todavía no podemos verlo.

Aplicación pastoral

Tal vez llevamos meses o años esperando que Dios cambie una situación. Hemos orado y pedido a otros que oren, pero debemos preguntarnos si nuestra confianza depende exclusivamente del resultado que esperamos. Necesitamos aprender a decir: “Señor, sigo pidiendo, pero mi relación contigo no dependerá de que hagas exactamente lo que yo quiero”. Esa es una expresión de madurez espiritual.

No siempre comprenderemos por qué Dios permite ciertas circunstancias. Quizá descubramos Su propósito después o permanezcan preguntas sin respuesta. Sin embargo, podemos seguir confiando, porque nuestra seguridad descansa en Su carácter, no en nuestra capacidad para comprender Sus decisiones.

Ilustración

Un joven puede decepcionarse cuando su padre le niega algo que considera necesario, porque solo comprende su deseo inmediato. El padre, sin embargo, puede comprender consecuencias que todavía están fuera de la capacidad del joven.

Así sucede con Dios: nosotros conocemos solo una parte de la historia; Él conoce el principio, el desarrollo y el final.

Frase de impacto

La Fe Madura Confía Aunque Dios Responda Diferente.

La confianza verdadera no significa que siempre recibiremos aquello que pedimos, sino que continuaremos creyendo en la bondad de Dios aun cuando Su respuesta no coincida con nuestra expectativa.

Recapitulación: Jesús acepta que la copa puede no pasar. Sin embargo, la rendición todavía debe avanzar un paso más. No basta aceptar que Dios puede responder diferente; necesitamos decidir que Su voluntad tendrá autoridad sobre la nuestra.

III. LA VERDADERA RENDICIÓN ENTREGA A DIOS LA ÚLTIMA PALABRA

Texto base: Mateo 26:42 — “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad.”

En esta segunda oración observamos una expresión todavía más definida. Jesús ya no solamente dice “no sea como yo quiero”, sino que declara: “hágase tu voluntad”. La voluntad del Padre ha quedado establecida como autoridad final.

Hermenéutica

Esta expresión conecta directamente con la oración que Jesús enseñó en Mateo 6:10: “Venga tu reino, sea hecha tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra”. En Getsemaní, Cristo vive personalmente aquello que había enseñado a Sus discípulos.

“Hágase tu voluntad” no es una frase religiosa abstracta. En ese momento significa aceptar la cruz. La voluntad de Dios tiene una consecuencia concreta y costosa. Por eso la declaración de Jesús representa una verdadera entrega.

La obediencia de Cristo demuestra que el Reino de Dios y la voluntad de Dios están inseparablemente unidos. Pedir que venga Su Reino implica permitir que Su voluntad gobierne.

Conexión con Cristo

Filipenses 2:8 declara que Jesucristo “se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!”. Su obediencia no permaneció en Getsemaní como una declaración privada. Lo llevó al Calvario.

Romanos 5:19 enseña que por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos. Nuestra salvación existe porque Cristo colocó la voluntad del Padre por encima del deseo natural de evitar el sufrimiento.

Él no solamente nos enseñó a decir “hágase Tu voluntad”; vivió plenamente esa oración.

Aplicación pastoral

Cada uno de nosotros debería preguntarse si existe un área donde ya conocemos lo que Dios quiere pero todavía seguimos negociando. Tal vez sabemos que necesitamos perdonar, pero esperamos sentir deseos de hacerlo. Quizá sabemos que una práctica económica no es correcta, pero tememos lo que ocurrirá si la abandonamos. Puede existir una relación que necesita límites, una actitud que debe cambiar o una decisión que hemos postergado.

En esos casos quizá no necesitamos una nueva palabra. Necesitamos obedecer la palabra que ya recibimos.

La rendición nos lleva a decir: “Señor, no voy a esperar hasta que Tu voluntad se convierta en mi preferencia para obedecerla. Quiero que Tu voluntad sea mi autoridad, aun mientras mis emociones todavía están aprendiendo a seguirla”.

Ilustración

El barro en las manos de un alfarero no conoce la forma final que está tomando. La presión de las manos puede parecer incómoda, pero el artesano conoce el diseño que desea producir.

De manera semejante, muchas veces nosotros solamente sentimos la presión del proceso mientras Dios ya conoce aquello que está formando.

Frase de impacto

La Rendición Comienza Cuando Dios Tiene La Última Palabra.

Mientras obedecemos solamente cuando estamos de acuerdo, nuestra propia voluntad continúa gobernando. El señorío se hace visible cuando la voluntad de Dios conserva autoridad aun sobre nuestras preferencias.

Recapitulación: Jesús entrega la última palabra al Padre. Pero Getsemaní todavía nos muestra una verdad final. Después de decir “hágase Tu voluntad”, Cristo se levanta y comienza a caminar hacia aquello que acaba de aceptar. La rendición verdadera siempre termina produciendo obediencia.

IV. LA RENDICIÓN VERDADERA SE CONVIERTE EN OBEDIENCIA

Texto base: Mateo 26: ^{45b} He aquí la hora está cerca, y el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de pecadores. ⁴⁶ ¡Levántense, vamos! He aquí está cerca el que me entrega.

Al comenzar Getsemaní encontramos a Jesús postrado en oración. Al terminar, lo encontramos de pie y preparado para avanzar. Las circunstancias exteriores no han cambiado. Judas todavía viene, la cruz continúa delante y el sufrimiento sigue siendo real. Lo que ha cambiado es que la voluntad ha quedado completamente sometida.

Hermenéutica

La transición entre la oración y la declaración “Levántense, vamos” resulta significativa. Jesús no intenta escapar ni permanecer indefinidamente en el huerto. Una vez concluida Su oración, avanza voluntariamente hacia el cumplimiento de Su misión.

El Evangelio de Juan incluso presenta a Jesús saliendo al encuentro de quienes venían a arrestarlo. La escena no retrata a Cristo como víctima sorprendida, sino como el Hijo obediente que sabe lo que está ocurriendo y entrega voluntariamente Su vida.

Esto demuestra que la rendición bíblica siempre posee una dimensión práctica. La oración prepara la obediencia.

Conexión con Cristo

Hebreos 12:2 presenta a Jesús como Aquel que, por el gozo puesto delante de Él, sufrió la cruz menospreciando el oprobio. Su obediencia tuvo dirección y perseverancia. Completó aquello que había aceptado delante del Padre. Juan 10:18 registra a Jesús diciendo acerca de Su vida: “Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo”. La cruz fue el resultado de una entrega voluntaria.

Cristo demuestra que la verdadera obediencia no consiste solamente en reconocer la voluntad de Dios, sino en caminar hacia ella.

Aplicación pastoral

Tal vez la pregunta más importante al terminar este sermón no sea simplemente qué has sentido, sino qué debes hacer. ¿Qué decisión concreta debe seguir a tu oración de rendición?

Quizá necesitas tener una conversación que has evitado. Tal vez debes corregir una conducta, ordenar una relación, cambiar una prioridad o abandonar una práctica que sabes que no honra a Dios. Puede ser que tu obediencia consista en dejar de luchar contra una puerta cerrada y comenzar a confiar en el camino que Dios está abriendo.

No todas las decisiones serán dramáticas, pero todas deben ser reales. La rendición pierde su significado si permanece solamente en palabras.

Ilustración

Una persona puede estudiar cuidadosamente un mapa, identificar la ruta correcta y explicar cada uno de sus pasos. Sin embargo, nunca llegará al destino si no comienza a caminar. Conocer el camino no reemplaza el recorrido. Espiritualmente sucede lo mismo. Podemos conocer perfectamente la voluntad de Dios y continuar exactamente donde estamos. La rendición verdadera nos coloca en movimiento.

Frase de impacto

La Rendición Que No Produce Obediencia Todavía Está Incompleta.

Decir “hágase Tu voluntad” significa estar dispuestos a levantarnos de la oración y comenzar a caminar en aquello que Dios nos ha mostrado.

Recapitulación: Getsemaní nos ha enseñado que la rendición comienza con honestidad, aprende a aceptar una respuesta diferente, entrega a Dios la última palabra y finalmente se demuestra mediante obediencia. Ahora debemos llevar estas verdades a una decisión personal.

LLAMADO FINAL

Hermanos, durante esta serie aprendimos que vivir bajo el gobierno de Dios comienza con nuestras prioridades: “Busquen primeramente el Reino”; continúa con nuestras lealtades: “Nadie puede servir a dos señores”; y culmina hoy con nuestra voluntad: “No sea como yo quiero, sino como tú”.

Nuestra batalla más profunda puede surgir cuando aquello que deseamos contradice lo que Dios está permitiendo. Getsemaní nos enseña que podemos presentar nuestros deseos sinceramente, pero debemos reconocer que Dios tiene la última palabra.

Quizá el Señor no cambiará inmediatamente nuestras circunstancias, sino que transformará nuestro corazón para atravesarlas. Nuestra responsabilidad no es controlar Su respuesta, sino confiar y permanecer bajo Su gobierno. Hoy podemos orar como Jesús: “Padre, Tú conoces mis deseos y mis luchas, pero no quiero que mi voluntad tenga más autoridad que la Tuya. Hágase Tu voluntad”.

Así concluimos esta serie: el Reino ocupa el primer lugar, Cristo recibe nuestra lealtad y la voluntad del Padre tiene la última palabra.

CONCLUSIONES

1. La Rendición Comienza Con Honestidad Delante De Dios. Jesús no ocultó Su angustia. Podemos expresar nuestros verdaderos sentimientos delante del Padre sin permitir que nuestras emociones gobiernen nuestra obediencia.

2. La Fe Madura Acepta Que Dios Puede Responder Diferente. La copa no pasó de Jesús, pero el propósito del Padre permaneció perfecto. Una respuesta distinta de la que esperamos no significa ausencia de Su amor.

3. La Verdadera Rendición Entrega A Dios La Última Palabra. Decir “hágase Tu voluntad” significa aceptar que la dirección de Dios tendrá autoridad aun cuando contradiga nuestras preferencias.

4. La Rendición Verdadera Se Convierte En Obediencia. Jesús se levantó de Getsemaní y caminó hacia la cruz. Nuestra entrega debe expresarse mediante decisiones concretas que reflejen aquello que hemos rendido.

FRASES ANTIFONALES

Pastor: ¡Venga Tu Reino!

Congregación: ¡Sea hecha Tu voluntad! (*Mateo 6:10*).

Pastor: ¡No sea como yo quiero!

Congregación: ¡Sino como Tú quieres, Señor! (*Mateo 26:39*).

Pastor: ¡Si vivimos, para el Señor vivimos!

Congregación: ¡Porque del Señor somos! (*Romanos 14:8*).

Pastor: ¡Confía en el SEÑOR con todo tu corazón!

Congregación: ¡Y Él enderezará nuestras sendas! (*Proverbios 3:5-6*).

AUTOREFLEXIÓN

El primer llamado es a reconocer con honestidad aquello que todavía estamos luchando por aceptar. Quizá existe una situación que no queríamos, una respuesta que todavía esperamos o una puerta que se cerró cuando pensábamos que debía permanecer abierta. Pregúntate si has llevado verdaderamente esa lucha delante de Dios o si simplemente la has cubierto con palabras religiosas. El Señor no necesita que escondamos nuestro dolor. Podemos presentarlo delante de Él y permitir que Su presencia trate con nuestro corazón.

El segundo llamado es a examinar si nuestra confianza depende de recibir la respuesta que deseamos. Pregúntate qué ocurriría con tu fe si Dios respondiera de manera diferente. ¿Seguirías creyendo que Él es bueno? ¿Continuarías obedeciendo aunque no comprendieras el propósito? La fe madura no solamente celebra cuando Dios dice sí; aprende también a permanecer cuando Su respuesta es diferente de la nuestra.

El tercer llamado es a identificar la obediencia concreta que debe seguir a nuestra rendición. Tal vez ya conoces aquello que Dios espera de ti. Puede ser perdonar, pedir perdón, corregir una conducta, esperar, abandonar algo

o comenzar a caminar en una dirección que has postergado. Pregúntate qué decisión debe cambiar después de decir “hágase Tu voluntad”. La rendición se vuelve real cuando nuestra conducta comienza a reflejar lo que hemos entregado.

Si esta Palabra ha tocado tu corazón, te invito a rendirte delante del Señor y repetir conmigo esta oración.

ORACIÓN DE RENDICIÓN

Señor y Padre, hoy me presento delante de Ti con sinceridad. Tú conoces mis deseos, mis expectativas y aquello que todavía me cuesta comprender. Perdóname por las veces que he confundido confiar en Ti con esperar que hagas exactamente lo que yo quiero, y por buscar Tu dirección cuando solamente deseaba que confirmaras mis decisiones.

Hoy quiero aprender de Jesucristo en Getsemaní. Te presento mis deseos, pero reconozco Tu autoridad sobre mi vida. Si debo esperar, dame paciencia; si debo soltar, dame valor; si debo avanzar, dame obediencia; y si debo cambiar, dame humildad.

Hoy rindo delante de Ti mi familia, mis relaciones, mis proyectos y mi futuro. No quiero que gobiernes solamente mis circunstancias, sino también mi voluntad. Por eso declaro: “Padre, no sea como yo quiero, sino como Tú. Hágase Tu voluntad en mi vida”. En el nombre de Jesucristo el Señor. Amén.

CANTO DE MINISTRACIÓN: «Yo me rindo a Él» <https://youtu.be/uaEaX7p4Wq0?list=RDuaEaX7p4Wq0>

ORACIÓN FINAL

Padre celestial, gracias por la obediencia perfecta de Jesucristo, quien rindió Su voluntad en Getsemaní y caminó hacia la cruz para nuestra redención. Enséñanos a confiar cuando no comprendamos Tu camino, a rendir nuestra voluntad cuando contradiga la Tuya y a obedecer cuando sepamos lo que debemos hacer.

Al concluir esta serie, queremos vivir verdaderamente bajo Tu gobierno: que Tu Reino ocupe el primer lugar, que nuestra lealtad pertenezca solamente a Cristo y que Tu voluntad gobierne nuestras decisiones, familias y futuro. Que cada día podamos declarar: «Tu Reino primero, Cristo como nuestro único Señor y Tu voluntad por encima de la nuestra». En el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Predicado por: Carlos Ospinal en Septiembre 20 del 2026

CIERRE DE LA SERIE

Hermanos, hoy concluimos nuestra serie «Viviendo Bajo el Gobierno de Dios». Comenzamos con nuestras prioridades: «Busquen primeramente el Reino»; continuamos con nuestras lealtades: «Nadie puede servir a dos señores»; y terminamos en Getsemaní con nuestra voluntad: «Hágase Tu voluntad».

La enseñanza central es clara: el Reino de Dios ocupa el primer lugar, Jesucristo recibe nuestra lealtad y la voluntad del Padre tiene la última palabra. Su gobierno debe transformar nuestras decisiones, no quedarse solamente en nuestras palabras.

Que esta serie se convierta en nuestra manera de vivir: buscar primero Su Reino, reconocer a Cristo como único Señor y, cuando nuestros deseos contradigan los Suyos, declarar con confianza: «Padre, hágase Tu voluntad».